

Entre la servidumbre voluntaria y la libertad de pensamiento. La Boétie y Montaigne frente a la obediencia

Manuel Tizziani (UNL-CONICET)

1. Callar, decir, insinuar

Como ha señalado Michel Foucault en sus textos acerca de la *parrhèsia*, dirigir un lenguaje franco y directo a quienes detentan el poder implica un riesgo vital; he ahí el auténtico valor de quien, frente al disimulo y la adulación, se atreve a decirlo todo. Por otro lado, Stefan Zweig sostiene que persona que, viviendo en un régimen de opresión, desea mantener su libertad, no debe reducir sus posibilidades de resistencia a este riesgoso *franc parler*. A diferencia de Foucault, Zweig nos propone tres alternativas:

Cada vez que un gobierno o un sistema reprime por la fuerza la libertad de pensamiento, los que no quieren someter su conciencia sólo tienen tres caminos que tomar: o bien combatir abiertamente el terror gubernativo y llegar al martirio. [...] O bien conservar la libertad interior y a la vez la vida, sometiéndose en apariencia y encubriendo su propia opinión. [...] O bien, como tercer camino de escape, emigrar, trasladando sana y salva la libertad interior desde el país en el cual es perseguida y proscrita a tierras extrañas, donde pueda respirar libremente. (Zweig, 1937:86).

Atendiendo a estas reflexiones, intentaremos señalar en qué medida, los dos autores a los que en lo siguiente referiremos, adaptaron sus opiniones y su conducta, de una u otra manera, a estas posibilidades de resistencia. En ese sentido, podemos afirmar que tanto Michel de Montaigne como Étienne de la Boétie, cada uno a su modo, centraron sus reflexiones en la libertad y en la obediencia. La Boétie, en un panfleto político titulado *Discours de la servitude volontaire* (1548), intentó desentrañar los orígenes y fundamentos sobre lo que se sostiene el poder de los gobernantes, llegando a postular que todo el andamiaje del nascente Estado moderno no se apoya sino sobre la complicidad y el oculto deseo de servidumbre de los súbditos.

Así, una vez desenmascarados esos resortes secretos, y la perversión que implica para la naturaleza humana dicho carácter servicial, La Boétie, dirigiendo sus palabras a los hombres de *esprit clairvoyant*, postulará un remedio original: la desobediencia civil.

Según sus palabras, al hombre, ser naturalmente libre, no le es necesario realizar ninguna acción para volver a recuperar aquella condición propia e inalienable. Por el contrario, la sola omisión, el solo hecho de rehusar la obediencia, lo depositará nuevamente sobre ese sagrado suelo originario. Montaigne, por su parte, regó sus reflexiones a lo largo y lo ancho de sus *Essays* (1580). Y su obra, mirada desde una perspectiva integral, no es sino un ejercicio de libertad de pensamiento. Sin embargo, en un sentido estricto, podemos decir que la osadía de los dichos de Montaigne no fue extrema; quizás por prudencia, el perigordi no mostró ciertos reparos a la hora de decir lo todo, al momento de contradecir abiertamente el *statu quo*, o de postular una plena libertad en el campo de la acción política. Por tal motivo, muchos de sus críticos, no sin cierta razón, lo han clasificado dentro del bando de los conservadores. Ahora bien, en tanto una primera lectura de sus *Essays* puede muy bien dejarnos esa sensación, una mirada más profunda puede revelarnos algunos elementos dignos de ser tenidos en cuenta. En tal sentido, quizás sea posible desentrañar, detrás de todo ese aparente conservadurismo, una insinuación; un espacio para la duda, la crítica y

la libertad. He ahí el objetivo del presente trabajo: reconstruir brevemente las argumentaciones de La Boétie y de Montaigne, con el fin de señalar dos diferentes opciones que la libertad posee frente la obediencia.

2. La Boétie, o el llamado a la desobediencia

Existen millones que, como si estuvieran embrujados, se hallan dispuestos a entregarse, a dejarse denigrar y aun ultrajar; cuanto más exija de ellos el predicador de la nueva ideología, tanto mayor será el número de adeptos. Lo que hasta ayer era su mayor placer [i.e. la libertad], lo abandonan gustosos por él, para dejarse conducir sin oponer ninguna resistencia; así se cumplen de nuevo las antiguas palabras de Tácito: *ruere in servitium*. Los pueblos, en una ardiente embriaguez se someten voluntariamente a la esclavitud, ensalzando el azote que cae sobre sus espaldas. (Zweig, 1937:18).

Estas palabras, que Zweig refiere a la actitud de los ginebrinos respecto del liderazgo de Calvino, expresa con claridad la idea central que La Boétie nos presenta en su *Discours*. Dando por supuesto el carácter natural de la igualdad y la libertad, el autor se pregunta: ¿por qué los seres humanos han caído en la servidumbre?; aún más, ¿por qué se esfuerzan en ser sometidos, como si encontrarán en ello su salvación?

La Boétie se sobrecoge ante el espectáculo de la sumisión, y no puede comprender cómo ni por qué los hombres, siendo libres e iguales por naturaleza, se encuentran aprisionados por todas partes. Cómo y por qué, pudiendo vivir a su libre arbitrio, se someten por propia voluntad, se ponen el yugo en el cuello y se disponen a servir. Son el espanto y la incompreensión los que lo incitan a llevar adelante su indagación; luego de la cual arriba a las siguientes conclusiones: la obediencia, hecho tan inverosímil como antinatural, se instituye de dos maneras, o por engaño o por fuerza, y se sostiene a causa de otras tres razones principales: la costumbre, la cobardía y la superstición. Por medio de esta búsqueda La Boétie intenta dar cuenta de ese *monstruoso vicio* “que la naturaleza niega haber hecho y la lengua se rehúsa a nombrar” (La Boétie, 1948:46). Ahora bien, todos los elementos hallados a partir de este análisis sólo sirven, en palabras del autor, para someter al pueblo llano, a la gente vulgar; en ese con texto, La Boétie intenta develar el *fundamento místico* de la autoridad, sacara relucir el resorte secreto sobre el cual se sostiene el poder absoluto de los tiranos. Así llega a la conclusión de que es imposible que un solo individuo, por fuerte o inteligente que sea, domine a miles o a millones, y por tanto, igualmente inviable que cualquier régimen pueda sostenerse en pie sin el interés velado de un número creciente de súbditos; quienes, merced a su connivencia con quien los domina, obtienen un rédito particular. Ahora bien, La Boétie no se queda allí, en la mera constatación de lo dado. Por el contrario, a este régimen de sumisión, en donde la *virtud* principal es la complicidad, opone la posibilidad de fundar una sociedad diferente; una que se condiga con el verdadero ser natural del hombre: con la igualdad y la libertad. Y, del mismo modo en el que al régimen de sumisión se opone una sociedad igualitaria, ala complicidad se opone la amistad; a la violencia, la palabra; a la sumisión complaciente del vulgo, el sentimiento inextinguible de la libertad que todavía brilla en algunos hombres que poseen *l'esprit clairvoyant* (La Boétie, 1948:68).

Éstos, por más tiempo que transcurra, jamás dejan de sentir sobre sus hombros el peso del yugo, jamás dejan de recordar su primitivo ser, ni de experimentar y saborear, al menos en privado, su libertad. Ellos, que ven más allá de sus propios pies, que pueden recordar ese ilustre pasado y proyectar un futuro de redención, son capaces de imaginar esa otra sociedad, la que se basa en la amistad, en la fraternidad. En ella, la sinceridad y el don de la palabra alcanzarán su apogeo, en ella

todo podrá ser dicho. Allí, cada uno podrá reconocer en el otro a un igual, a un ser libre, a un compañero, a un hermano; y, sobre ese acto de reconocimiento, se fundará una sociedad fraternal. Al estado de sujeción que se apoya en la complicidad y en el interés egoísta, La Boétie opone esta sociedad libre, de seres iguales y fraternos, desobedientes de todo poder inicuo, de toda autoridad ilegítima. Es a ellos, a los amigos, a los hombres de entendimiento que conforman aquella comunidad universal, a los espíritus libres, a los que desde siempre y por siempre odiarán la tiranía, a los que en definitiva dirige estas palabras:

A este único tirano no es necesario combatirlo, no es necesario destruirlo; él mismo se destruye, con tal de que el país no se disponga a servirlo; no es preciso quitarle nada sino no darle nada. [...] Decidíos, pues, a dejar de servir, y seréis hombres libres. No pretendo que os enfrentéis a él, o que lo tambaleéis, sino simplemente que dejéis de sostenerlo. Entonces veréis cómo, cual un gran coloso privado de la base que lo sostiene, se desplomará y se romperá por sí solo. (La Boétie, 1948:48–50).

He aquí condensada la teoría de la desobediencia de presentada por La Boétie: en tanto la libertad es una semilla natural que puede encontrarse encada uno de los seres humanos, su reactualización y recuperación es tan simple que, con sólo desearse, ya se posee. No es necesario que los hombres inicien una revolución, se opongan al tirano y conquisten su libertad merced a las armas. Él camino es mucho más corto, y tanto más simple: consiste en desobedecer, en negarse, en rehusar la obediencia. En una palabra, en aprender a decir *no*.

3. Montaigne, o la libertad de la trastienda.

En el prefacio de sus *Ensayos*, Montaigne realiza dos breves afirmaciones acerca de su obra. En la primera sostiene: “Lector, éste es un libro de buena fe”; en la segunda: “Así, lector, soy yo mismo la materia de mi libro.” (Montaigne, 2007:5) Ahora bien, ¿cuál es el significado de estas dos frases inaugurales?, ¿por qué resultan cruciales para entender sus intenciones? La respuesta es simple, pues, según puede inferirse de ellas, los *Ensayos* pretenden erigirse en un libro que diga *la verdad, sólo la verdad y nada más que la verdad* acerca de quién los escribe. Es el mismo Montaigne quien reafirma esta idea, asegurando que mediante sus escritos no ha buscado dotarse a sí mismo de un falso prestigio: Si [este libro] hubiese sido escrito para buscar el favor del mundo, me habría adornado mucho mejor, con bellezas postizas. Quiero que me vean en mi manera de ser simple, natural y común, sin estudio ni artificio. Porque me pinto a mí mismo... Y de haber estado entre aquellas naciones que, según dicen, todavía viven bajo la dulce libertad de las primeras leyes de la naturaleza, te aseguro que me hubiera gustado muchísimo pintarme del todo entero y del todo desnudo. (Montaigne, 2007:5)

Ahora bien, *malgré lui*, Montaigne no ha nacido entre los caníbales de América, en aquellas tierras donde existen todavía la libertad natural y la posibilidad de mostrarse *por entero y al desnudo*; por el contrario, habita en medio de una civilización signada por las buenas maneras y el disimulo, donde las reglas de etiqueta adquieren un valor primordial. En tal sentido, cabría preguntarse qué significado podríamos atribuir a otra afirmación que el ensayista desliza en este mismo aviso “Al lector”: “[En los *Ensayos*] mis defectos se leerán al natural, mis imperfecciones y mi forma genuina en la medida en que la reverencia pública me lo ha permitido” (Montaigne, 2007:5). ¿Cuáles son los límites que “la reverencia pública” han impuesto al afán expresivo del ensayista?, ¿cuán lejos ha quedado la posibilidad de decirlo todo de sí? En ese contexto, ¿es completamente cierto que los *Ensayos* han sido escritos con total *buena fe*? ¿No nos es legítimo dudar al menos por un momento de Entre la servidumbre voluntaria y la libertad de pensamiento... esta *honestidad brutal*? Y si la duda se nos permite,

¿podríamos considerar a Montaigne como a *un pensador de la trastienda*, que expresa de un modo velado ciertas reflexiones inconvenientes en su contexto histórico, político y religioso?

“Debemos reservarnos una trastienda del todo nuestra, del todo libre, donde dejar nuestra verdadera libertad y nuestro principal retiro y soledad” (Montaigne, 2007:I.38:327), nos dice el ensayista. Quizás se trate de eso, de apropiarse de una *arrière-boutique* que sea completamente propia, en donde puedan ser expresados, sin peligros, los pensamientos más audaces, sólo trasmisibles a un pequeño número de personas; a los *hombres de entendimiento*, es decir, a aquellos capaces de comprenderlos, y más aún, de tolerarlos. Según Montaigne, el sabio no sólo es aquel que poseyendo buenas disposiciones naturales ha logrado pulir sus ideas a través del estudio y la reflexión, sino también quien conoce cuán peligrosas e intolerantes puede ser las personas que dejan arrastrarse a diestra y siniestra por todas sus pasiones; quien advierte los riesgos que corre quien enfrente a esa *turba*. En una palabra, el sabio sabe disimular. Conoce la importancia de actuar, exteriormente, como la mayoría, y de reflexionar, interiormente, como una pequeña fracción de individuos.

El sabio debe por dentro separar el alma de la multitud, y mantenerla libre y capaz de juzgar libremente las cosas; pero, en cuanto al exterior, debe seguir por entero las maneras y formas admitidas. A la sociedad pública no le incumben nuestros pensamientos; pero lo restante, como acciones, trabajo, fortuna y vida, debemos cederlo y entregarlo a su servicio y a las opiniones comunes. (Montaigne, 2007:I.22:143–144)

La *trastienda* se convierte así en un lugar estratégico, y Montaigne la posee. Su biblioteca, situada en el tercer piso de la torre de su castillo señorial, cumple ese rol fundamental: da a nuestra interpretación un sustento físico. “Aquí —señala el ensayista— tengo mi morada. Intento adueñarme de ella por completo, y sustraer este único rincón a la comunidad conyugal, filial y civil... ¡Qué miserable es, a mi juicio, quien no tiene en su casa un lugar donde estar a solas, donde hacerse privadamente la corte, donde esconderse!” (Montaigne, 2007:III.3:1237) ¿Encondarse de qué? De un siglo tortuoso, de las agitaciones de la Reforma, del ocaso del Renacimiento, de las guerras que de sangran a Francia, del accionar censor de la Inquisición tras el concilio de Trento (1545—1563)...

En ese contexto, ¿cuáles son los límites del *franc parler*? ¿Qué puede decirse, qué debe callarse, qué debe ser simplemente insinuado? Evidente es que no todo puede ser dicho sin perjuicio para uno mismo; Montaigne lo sabe. Del mismo modo que sabe que la “ley de la resolución y de la firmeza no comporta que no debamos protegernos, en la medida de nuestras fuerzas, de los males e infortunios que nos amenazan, ni, por consiguiente, que no debamos tener miedo de que nos sorprendan. Al contrario, cualquier medio honesto para defenderse de las desgracias es no sólo lícito sino loable” (Montaigne, 2007:I.12:62).

Ahora bien, cabría pensar que, conociendo esos peligros, Montaigne quizás haya optado por dejar ciertas señas, ciertos guiños, ciertas marcas de sentido que podrían habilitar una lectura más audaz. Sus *Ensayos*, tal vez, posean un sentido íntimo, oculto, sólo abierto a los lectores sagaces; al pequeño y selecto grupo de los *hombres de entendimiento*, de amigos. Es Montaigne mismo quien parece avalar nuestra tesis: Ahora bien, en la medida que el decoro me lo permite, hago notar aquí mis inclinaciones y afectos; pero con más libertad y de más buena gana por mi boca a cualquiera que desee informarse sobre ello. En cualquier caso, en estas memorias, si se mira bien, se encontrará que lo he dicho todo, o indicado todo. Lo que no puedo expresar, lo señalo con el dedo. (Montaigne, 2007:III.9:1465)

El ensayista sabe que “el lector capaz descubre a menudo en los escritos ajenos otras perfecciones que las que el autor ha puesto y ha advertido en ellos, y les presta sentido y

aspectos más ricos” (Montaigne, 2007:I.23:157); que existe una complicidad entre quien escribe solapadamente y quien lee de manera atenta, pues “b| la mitad de la palabra pertenece a quien habla, la otra mitad a quien escucha” (Montaigne, 2007:III.13:1626).

El texto queda incompleto, trunco, sin aquel destinatario que pueda descubrir su verdadero sentido, sin aquel que aporta la otra mitad, reactualizando el significado de la palabra escrita.

En conclusión, del mismo modo que Pierre Charron, Montaigne concibe “una doble libertad. La verdadera, la del espíritu, está en manos de cada uno y no puede ser despojada ni perjudicada por nadie, ni siquiera por la fortuna.[...] [La otra], la libertad corporal, es un bien que debe apreciarse mucho, pero que depende de la fortuna” (Charron, 1948:I.44:240).

Es por eso que nunca tuvo reparos para actuar en conformidad con las leyes del país en el que habitaba, pues entendía que la verdadera servidumbre no es la que nos oprime las manos, sino la que nos atenaza el entendimiento.

Bibliografía

Charron, P. (1948). *De la sabiduría*. Buenos Aires: Losada.

Foucault, M. (2003). “Coraje y verdad”, en ABRAHAM, T. *El último Foucault*, Buenos Aires: Sudamericana, pp.263–400

La Boétie, É. (1968). *Discurso sobre a servidumbre voluntaria*, Rosario: Centro Editores de Estudios Sociales.

Montaigne, M. (2007). *Los ensayos*. Barcelona: El Acantilado.

Zweig, S. (1937). *Una conciencia contra la tiranía. Castellio contra Calvino*, Santiago de Chile: Ed. Ercilla